IGNACIO AMESTOY

José Monleón

La obra de Ignacio Amestoy que abre su producción dramática es *Mañana aquí, a la misma hora*, escrita en 1980, estrenada en Málaga en el 88 y publicada por Fundamentos en el 93. De entonces hasta *Cierra bien la puerta,* estrenada en diciembre del 2000 y editada en el 2001, que le ha valido para obtener el *Premio Nacional de Literatura Dramática* correspondiente a ese año, Amestoy ha escrito —y estrenado o/y publicado— hasta 17 dramas, obteniendo algunos de los más importantes premios teatrales españoles. Precisamente, fue *Ederra,* su segunda obra, que obtuvo el *Premio Lope de Vega* del 82 y fue estrenada en el Teatro Español de Madrid, el título que lo incorporó al censo de nuestra dramaturgia activa y ajena a los cauces rutinarios. En él ha seguido desde entonces, no sólo a través de sus obras dramáticas, sino de sus textos teóricos —en buena parte publicados en la revista *Primer Acto*, a cuyo Consejo de Redacción pertenece—, de sus conferencias, de su trabajo en la RESAD y de su reiterada presencia en las manifestaciones de nuestra mejor corriente crítica.

Lógicamente, cada una de las 17 obras tiene su propia singularidad poética y temática. Aún así, como sucede con todos los autores de interés, más allá de cualquier clasificación, por periodos, por sus formas, por su género, o por sus temas, existen unas líneas básicas que definen el eje de su pensamiento crítico y de su percepción de la sociedad y de la existencia.

Amestoy es, ante todo, una persona con una marcada conciencia histórica.

Siempre ha sabido desde dónde y desde que realidad escribía. Y sus dramas, igualmente alejados del doctrinarismo y de la anécdota intemporal, han sido respuestas a menudo enfrentadas a las que nos son predicadas por el pensamiento conservador.

Amestoy es uno de tantos españoles que ha cogido la pluma para darle vueltas a la crónica oficial de España y detenerse en puntos y personajes que, a su juicio, han sido maquillados para la falsa representación. Y ello sin renunciar nunca a la indagación subjetiva, a buscar la relación entre la historia social y la vida y la agonía personal de quienes viven en ella, a menudo sin voz o con la voz usurpada.

En términos poéticos, es, me parece, un hijo de la Generación Realista, que, como se ha dicho repetidamente, se caracterizó no tanto por su estilo —puesto que en ella se incluyeron a autores formalmente muy distintos y aún opuestos— como por su talante ético, por una concepción, a la vez humanista y militante, de su compromiso con la sociedad. Es decir, de la función reveladora, demistificadora, que debía cumplir el arte dramático —arte social por su propia configuración, en la medida que no existe sin «público»— en un contexto dominado por el embaucamiento. Arte donde hace falta ingenio, oficio e intuición, pero dónde, finalmente, nada sigue siendo, nada si no existe una confrontación de sus autores consigo mismos y con su entorno, renovando las preguntas mal contestadas o archivadas por los intereses insolidarios.

En Amestoy, en fin, existe una necesidad de colocarse al lado de las víctimas, de liberarlas de las generalizaciones que las reducen a «cosas», a objetos anónimos —los palestinos, los judíos, los americanos, los inmigrantes, los pobres, los sin papeles, etc.—, para, desde el escenario, devolverles su existencia personal, su aventura y su muerte irrepetibles.

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte — Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música — Subdirección General de Teatro

Comunidad de Madrid — Consejería de las Artes — Dirección General de Promoción Cultural

CEDRO — Centro Español de Derechos Reprográficos